

Antes
de la historia

Montar la carpa

Mark sonrió. Su división estaba teniendo otro trimestre estupendo. Aunque sus compañeros creían que podían identificar las razones de los éxitos de Mark, sólo él conocía el auténtico secreto que había detrás de su éxito personal y del de su equipo.

Los muchos logros de Mark eran bien conocidos por la mayoría de personas de la organización. En varias ocasiones lo habían seleccionado para dirigirse a un grupo de personas o hablar con algunos empleados que se sentían desbordados o desconectados.

El éxito era evidente, también, en otros aspectos de su vida fuera del trabajo. Aunque ya no tenía el físico de su adolescencia, todavía era el vivo retrato de la salud. Los amigos comentaban que tenía la energía de alguien con la mitad de edad que él.

Lisa y él habían criado a tres hijos maravillosos. Jackie estaba casada y trabajaba para una gran empresa. Evan estaba acabando su licenciatura y pronto empezaría a buscar trabajo. Brian había puesto en marcha su propio negocio al acabar el instituto. Y siempre, durante todo ese tiempo, Lisa y él habían seguido admirándose

mutuamente, de forma incondicional, y estaban más unidos que nunca.

El zumbido del teléfono interrumpió sus reflexiones.

—Tienes visita, Mark —dijo su secretaria.

—¿Quién es? —preguntó.

—Es una sorpresa.

—Venga ya, Carol —replicó él—. Dime quién es.

—No te lo voy a decir —bromeó ella—; no insistas.

Si quieres saber quién es, tendrás que salir y verlo por ti mismo.

Medio exasperado, medio curioso, fue a la puerta y la abrió. Allí estaba su hija Jackie.

—¿Sorprendido? —le preguntó mientras se abrazaban.

—¡Eso es decir poco! —Mark le dirigió una sonrisa a Carol, hizo entrar a Jackie en su despacho y cerró la puerta—. Siéntate. Es una sorpresa fantástica. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Oficialmente —empezó Jackie—, esta mañana tenía una reunión aquí, en la ciudad, y hemos acabado hace un rato. Oficiosamente, he venido para verte.

De repente, Jackie se puso seria.

—Tengo problemas y necesito tu ayuda.

Mark se preparó para lo peor. Temió que fuera algo relacionado con su matrimonio, aunque no había visto señales de alarma. Respiró hondo y preguntó vacilante:

—Dime, ¿qué pasa?

—¡Todo! —soltó ella de golpe—. Me encanta mi trabajo, pero parece que no puedo seguir el ritmo. Creía que las otras dos personas de mi departamento harían que las

cosas fueran más fáciles, pero estoy empezando a pensar que no les importa lo que le pase a la empresa.

»Brett me da todo su apoyo como marido, pero está muy ocupado con su propio trabajo. Casi hemos llegado a aceptar que no pasemos tiempo juntos, y eso me preocupa. Parece que todo el tiempo estemos inmersos en un proceso de divide y vencerás, saltando de una cosa a otra. A veces, nada tiene sentido.

»Para complicar aún más las cosas —continuó Jackie—, Brett y yo estamos empezando a hablar de formar una familia. ¡No tengo ni idea de cómo voy a ser una buena madre con la locura de vida que llevo!

—Parece bastante grave, cariño. ¿Cómo lo aguantas? —preguntó Mark.

—Voy haciendo —respondió Jackie—. Voy a trabajar y lo hago lo mejor que puedo, pero me gustaría disponer de un momento para mí de vez en cuando.

—Dime, ¿cómo te puedo ayudar? —inquirió Mark.

—No estoy segura de que te hayas dado cuenta, papá, pero te he observado más de lo que sabrás nunca —contestó Jackie.

»Como me encuentro al inicio de mi propia carrera profesional y lucho para que todo salga bien, con frecuencia pienso en cómo mamá y tú hacéis las cosas.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo —dijo Jackie—, mamá y tú habéis conseguido mucho; sin embargo, casi nunca os he visto esforzaros como hago yo. No consigo averiguar qué hago mal. Por no hablar de los líos que tengo en el trabajo. Todo

este estrés está haciendo que piense en serio en buscar otro empleo.

Mark le dio unas palmaditas en la mano.

—Para empezar —dijo—, sé que tienes todo lo que hace falta para llevar una vida plena y gratificante. No tengo ninguna duda de que puedes triunfar en tu puesto actual.

»En segundo lugar, yo he luchado mucho más de lo que imaginas con muchos de los mismos problemas de la vida. Igual que tu madre. ¡Ah!, las historias que te podríamos contar. Todavía tenemos momentos de frustración, pero ahora es más fácil debido al lugar donde estamos en nuestras carreras y en nuestra vida personal.

»Lo que nos cambió la vida fue descubrir un medio fácil para concentrar nuestro tiempo y nuestra energía en las cosas que más nos importan. Aprendimos que es imposible hacerlo todo. Empezamos a aplicar el sistema en el trabajo y luego lo utilizamos en otros ámbitos de nuestra vida.

»De hecho, tengo que agradecértelo a ti —añadió Mark.

—¿A mí? —preguntó Jackie.

—Sí, cuando tenías unos cinco años, me ayudaste a hacer las cosas de la manera debida.

—¿Cómo? —insistió ella—. Y si es tan útil, ¿por qué mamá o tú no me lo habéis explicado?

Mark respiró hondo.

—Jackie, tú y yo nos parecemos mucho. Hubo un tiempo en que yo creía tener todas las respuestas. Cuando empecé a sentirme abrumado por el trabajo, dudé de que pudiera tener éxito algún día.

»Descubrí que necesitaba encontrar un medio de hacer las cosas adecuadas en el momento adecuado —continuó—. Sabía que si no lo hacía, eso podía afectar no sólo a mi rendimiento en el trabajo, sino también a mi relación contigo y con tu madre, así como a mi propio bienestar personal. Fue por esa época cuando tu madre y yo te llevamos al circo y yo descubrí el secreto.

—¿El circo? —repitió Jackie, incrédula—. ¿Estás de broma, no? ¿Vas a decirme que el circo me ayudará en la vida? No te ofendas, papá, pero me parece que soy un poco mayor para los payasos y los elefantes.

Mark sonrió.

—Déjame que te pregunte una cosa —dijo—. Cuando te sientes frustrada o te parece que no puedes concentrarte ni hacer las cosas en el trabajo, ¿no tienes la sensación de que intentas hacer malabarismos con elefantes?

Jackie lo pensó un momento.

—Nunca me lo había planteado de esta manera, pero sí —respondió con una débil sonrisa—. Es una imagen visual muy buena para describir cómo me siento. Parece que conseguir hacerlo todo sea una tarea imposible.

—¿Cuánto rato puedes quedarte conmigo? —preguntó Mark.

—Tengo un par de horas libres y luego tengo que volver —contestó Jackie—. ¿Por qué?

Mark se levantó y de un cajón del aparador que estaba detrás de su escritorio sacó un cuaderno de notas que había junto a un manoseado programa de circo.

—Por desgracia, dentro de unos minutos tengo una

reunión a la que no puedo faltar. Me llevará alrededor de una hora. Pero quiero hablar un poco más contigo sobre tus frustraciones.

»No obstante mientras estoy en la reunión, quiero que leas algo —prosiguió Mark—. A lo largo de los años, varias personas me han pedido que comparta con ellos mis conocimientos. Siempre me he reído, porque no me considero, en absoluto, un gurú de la autoayuda. Sin embargo, hace unos años, convertí mis ideas en un relato, pensando que quizá fuera un regalo especial para ti.

»Cuando vuelva de la reunión, podemos hablar de lo que hayas leído. ¿Quién sabe?, es posible que algo en mi relato te ayude a encontrar una manera alegre de enfrentarte a una cuestión tan seria.

—De acuerdo, papá —dijo Jackie, cogiendo el cuaderno—. Todavía no me imagino qué puede ser este «secreto», pero lo leeré.

Mark abrazó a su hija y se dirigió a su reunión. Ella se acomodó en el sillón y empezó a leer la historia.

La historia

¡Entradas, por favor!

Mark miró su lista de cosas que hacer y suspiró. Tenía el día lleno de reuniones, mensajes, informes sobre el desarrollo de diferentes proyectos y el habitual papeleo que iba unido al cargo. Sabía que el resto del tiempo estaría lleno de minicrisis y otros fuegos que habría que apagar.

Cuando saliera del trabajo, las perspectivas no eran mucho mejores. Lo esperaban recados y una larga lista de cosas que hacer no acabadas.

«No es exactamente un día de los que te cambian la vida», reflexionó.

Antes de abordar su primera tarea, Mark miró, nostálgico, por la ventana del despacho. Había tenido relativamente bastante éxito hasta este momento y era uno de los directores de una organización que crecía rápidamente. En ocasiones, la carga de trabajo parecía pasar de exigente a abrumadora, y Mark siempre sentía que su próximo proyecto debía ser mejor que el anterior.

Uno de sus principales obstáculos era mantenerse y mantener a su personal centrado, lleno de energía y productivo, y sabía que el reto no se volvería más fácil con el rápido ritmo de cambio de la economía.

Por lo general, recibía esos retos con entusiasmo, pero desde hacía algún tiempo le faltaba la energía física y mental necesaria para entregarse plenamente a sus tareas. De hecho, su incapacidad para concentrarse en el trabajo se estaba convirtiendo en una preocupación importante. Se preguntaba cómo podía esperar alcanzar sus metas profesionales si no conseguía trabajar de forma eficaz en su actual nivel de responsabilidad.

Respiró hondo y pensó en otra fuente de insatisfacción: su vida personal. Su nuevo puesto gerencial le exigía más tiempo del que había pensado y le dejaba sin horas para hacer ejercicio.

Mark había permitido que su ritmo de trabajo hiciera que en el desayuno y el almuerzo sólo tuviera tiempo de tomar algún plato de comida rápida o cualquier otro alimento listo para tomar que le calmaban rápidamente el apetito, pero que no favorecían su línea ni su capacidad para mantener un nivel de energía constante.

Sin haber disfrutado de tiempo libre en muchos meses, Mark pensó en lo mucho que echaba en falta alejarse de todo aquello. Le gustaba ir de excursión, pescar y pasar tiempo en la playa. Estas actividades aportaban cordura a su vida; el aire fresco, los sonidos de la naturaleza y el ritmo relajado lo revitalizaban.

Pensó en algo más que echaba de menos: correr. En el instituto era un entusiasta corredor de campo través y, en la universidad, había continuado participando en las carreras de cinco kilómetros. Su sueño era correr una maratón, pero el trabajo, el matrimonio y sus deberes como

padre habían hecho que correr desapareciera por completo de sus costumbres. «Ahora sólo corro cuando persigo a Jackie alrededor de la casa», pensó.

Mark miró el retrato de las dos personas más importantes de su vida: su esposa Lisa y su hija Jackie. Lisa siempre había sido su máximo apoyo y él era su mejor amigo. Pensó en todo lo que habían pasado juntos. Ella había trabajado para mantener a la familia mientras él terminaba sus estudios. Unos años atrás, Mark había pasado incontables noches y fines de semana reformando su casa. Incluso ahora, el olor de la pintura fresca lo ponía nervioso, porque sabía que, en su lista de cosas que hacer, todavía había varias tareas pendientes para mejorar su hogar.

Jackie, con su enorme sonrisa y sus ojos azules, iluminaba su vida como ninguna otra cosa. El recuerdo de cuando jugaban «a que no me pillas» y cuando fingía que era su caballo eran tesoros mentales que no tenían precio. Su sonrisa desapareció al pensar en lo mucho que echaba de menos esos momentos hija-padre.

Lisa siempre sabía reconocer cuándo ella y Mark necesitaban pasar algún tiempo juntos, solos, y rápidamente le proponía salir a dar un paseo o ir a cenar fuera. Jackie, sin embargo, no era siempre tan persistente y lamentaba las ocasiones de pasar tiempo con ella que había perdido.

«¡El circo!», pensó Mark. Dio media vuelta a la silla y miró qué día era. En sus prisas por organizar su plan de trabajo diario, había olvidado una cosa fundamental.

Varias semanas antes, en un intento por mejorar su relación con Jackie, se había comprometido a llevar a su familia al circo. Miró su atestada agenda y comprendió que sería casi imposible salir pronto del trabajo para ir al circo.

«A lo mejor pueden ir con otra persona», se dijo. Llamó inmediatamente a Lisa para que cambiara los planes.

—¡Esta vez no! —fue su cortante respuesta—. Jackie lleva semanas ilusionada con esta salida. En esta ocasión, no vas a dejarla colgada.

»Tiene cinco años y te adora —continuó Lisa—. Un día será adolescente y, si no forjas una relación con ella ahora, quizá no quiera saber nada de ti. Tú, señor Alegría de la Casa, nos vas a llevar al circo hoy. Te espero a las tres y media.

Lisa tenía razón. El tiempo que pasaba con Jackie era precioso y pasajero. Aunque era muy difícil, empezó a reorganizar su agenda para poder irse temprano.

Llegó a casa con retraso, entró corriendo y gritó:

—¿Estáis listas para marcharnos?

Lisa apareció en la puerta de la sala.

—Tarde de nuevo, ¿eh?

—No empieces —respondió, poniendo los ojos en blanco, mientras Jackie corría hacia él.

Vestida con una blusa roja, pantalones púrpura y zapatos negros, le preguntó:

—¿Qué tal estoy, papá?

—Perfecta —respondió, abrazándola con fuerza.

¡Entradas, por favor!

Mark había pensado en cambiarse y ponerse ropa más cómoda, pero, como ya era tarde, cogió a Jackie en brazos y los tres se encaminaron al circo.